

LIBROS

La aguda percepción de Iván Turgueniev

Siempre se ha dicho que en nuestro país, al menos en lo que va de siglo, los libros de Memorias son escasos. Algo parecido podría afirmarse de la biografía, entendida como un trabajo de análisis y creación. Con demasiada frecuencia hemos tenido biografías eruditas con su exhaustiva acumulación de datos, biografías noveladas, biografías fantasiosas. Al margen de que en ocasiones les haya sonreído una gran calidad literaria, el biografiado no siempre salía con bien de la empresa y la comprensión y evaluación de su vida y su obra —fuera cual fuera su campo de acción— dejaban muchas veces que desear.

El libro que ha publicado Juan Eduardo Zúñiga sobre Iván Turgueniev (1) supera admirablemente la prueba. No busca ser exhaustivo, no es sólo biografía ni sólo análisis. Es ante todo un estudio crítico de la obra del escritor ruso, tan estrechamente vinculada a su vida, y una lúcida exploración biográfica a través del contenido de sus novelas, dramas, poemas, recuerdos y cartas.

Como otros muchos escritores realistas del XIX, la obra de Turgueniev hace el balance de la sociedad rusa del período de Nicolás I y Alejandro II, y forma una totalidad. El hilo conductor de un parecido punto de vista recorre el conjunto. Es el de un burgués liberal e ilustrado que nace y vive bajo la autocracia. El de un occidentalista y racionalista que sufre el fanático obscurantismo autóctono. El de un reformista social hijo de señores propietarios de siervos.

En "Los imposibles afectos de Iván Turgueniev", Zúñiga descubre estas contradicciones en el derrotero vital y literario del escritor. Ayudado por la correspondencia que Turgue-

niev mantuvo con su madre, con su amiga Paulina Viardot, con otros escritores contemporáneos, va estableciendo las preocupaciones, angustias, miedos y soledades de su existencia. Después descubre por qué vericuetos la observación de la realidad social o personal se transforma en literatura y se refleja en sus novelas. En este sentido es particularmente revelador un testimonio que el libro recoge. Al comienzo de su carrera literaria, Belinski le advirtió: "Me parece que usted tiene poco o ningún genio creador; su vocación es la pintura de la realidad". Turgueniev reconocería años después la justesa de aquellas palabras: "No he podido nunca crear —dirían— nada que viniera sólo de mi imaginación. Para hacer a un personaje necesito a un hombre vivo".

El hecho de que Belinski, iniciador de la crítica sociológica, perteneciera al grupo de la revista "El Contemporáneo", diri-

gida por Nekrasov, en donde Turgueniev publicó sus primeros escritos, hizo nacer una estrecha amistad entre ambos, que influyó grandemente sin duda en la forma de concebir el trabajo literario del novelista. Zúñiga describe así el proceso de creación seguido por Turgueniev: "Esta creatividad que utilizaba constantemente tipos humanos y ambientes frecuentados, parece ser el resultado de la clara decisión de tomarlos como la preferente materia prima de su trabajo. Era una explícita adhesión al estilo de la escuela realista que se basaba en dos postulados esenciales: la observación y la elaboración fiel al modelo. Seguí el consejo de Stendhal cuando describía a Balzac su sistema para crear los personajes: tomar una persona bien conocida y pasarla a la novela. Pero una segunda interpretación podía explicar el método creacional de Turgueniev, el recurso frecuente a datos vivenciales, como una pre-

sencia apremiante —en este nivel del pensamiento—, de antiguos conflictos obsesivos, o bien la tensión compulsiva de la memoria subconsciente que emerge en el proceso creador por razones que el propio autor acaso ignore".

Estas palabras orientan el análisis del libro. Hay una importante suma de elementos intimistas autobiográficos en la obra de Turgueniev: las obsesiones de su subconsciente, la memoria de su pasado, que afloran y son recreadas una y otra vez. Construye sus personajes a partir de personas conocidas (algunos relevantes, como Miljail Bakunin, trasfondo del Rudin de la novela homónima) o genéricos: prototipos de tendencias o comportamientos sociales típicos. Pero, además, supo captar las grandes contradicciones de la sociedad rusa de su tiempo, "La lenta agonía de la nobleza", y mostró "los rasgos arquetípicos de los señores rusos del siglo pasado (...), y a la par, las clases intermedias y los campesinos".

¿Por qué "los imposibles afectos"? En esta confrontación permanente y nunca resuelta con su medio familiar, su educación, sus formas de vida, el contexto social, Turgueniev sufre un auténtico drenaje de sentimientos. La sombra de un miedo subconsciente le impide confiar en el amor. El fantasma de una madre autoritaria y despótica, ejemplo de crueldades, represiones y frustraciones, planea a lo largo de su vida como un valladar que le impide la plena realización afectiva. Con la familia Viardot reproduce, según Zúñiga, una relación edípica y en su amor hacia Paulina hay la confluencia de la mujer y la madre.

Esa carencia de afectos en la infancia, la dura realidad familiar vivida, le impidieron también afincarse. Vagó por el mundo sin ser de ningún sitio. Amaba su país, pero no lo soportaba. También esto fluye en su obra como una constante. Turgueniev fue uno de esos escritores que querían proporcionar una imagen global del mundo. Tras de su aparente sencillez se agazapa la complejidad sutil de lo evidente. Este trasfondo es el que Juan Eduardo Zúñiga ha desvelado con pulcritud, con esmero, con brillantez y agudeza. Pero él mismo advierte al concluir su libro del fracaso a toda pretensión de comprender totalmente su complejo y atormentado mundo interior. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

Iván Turgueniev.



(1) Juan Eduardo Zúñiga: "Los imposibles afectos de Iván Turgueniev". Editora Nacional. Madrid, 1977.